

# INTI: Revista de literatura hispánica

---

Number 95  
Volumen 1, 95 (2022): *Paradigmas de la  
Actualidad Poética*

Article 33

---

2022

## Violetas (cuento)

Marina Dayana Fraile

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

---

### Citas recomendadas

Fraile, Marina Dayana (August 2023) "Violetas (cuento)," *INTI: Revista de literatura hispánica*: No. 95, Article 33.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss95/33>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in INTI: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

## Violetas

**Marina Dayana Fraile**

Lo encontraron con la cabeza metida en el interior de una bolsa negra. Una bolsa negra de las de basura. Violetas crecían entre sus dientes. Las estrellas lo decapitaron. El mar rugía en sus labios violáceos y era todo como una plegaria fogosa cifrada en el tacto oscuro de la arena tropical. Lo encontraron cerca del mar en una casa abandonada. Lo encontraron rodeado de imágenes precisas. Lo encontraron con las uñas llenas de tierra como si hubiese estado cavando un foso para simplemente desaparecer. Artificial mundo de cosas enraizado en su ombligo adolescente. Lo encontraron con los ojos cerrados, como si hubiese estado meditando segundos antes de morir. Todos los hombres y ninguno reproducidos en sus puños. Un temblor, un lujo innecesario: la futilidad de una carta nunca escrita. Lo hizo parecer una cosa de niños y era una medida de permanencia y durabilidad en el océano de lo cotidiano (porque la muerte siempre es más larga que la vida).

Las violetas cubren su boca, los pétalos bullen también en la tierra acumulada en sus uñas. Es como si me hubiera traído su cuerpo para enterrarlo en mi jardín. Cuando la primavera llega sus labios brotan en mis macetas y besan a las mariposas.

Un gesto puro entre tantas gorgonas cuidando las puertas de la funeraria.

Me dio mi primer beso mientras veíamos en la tele un concierto de Radiohead.

La última vez que lo había visto fue en la playa Cangrejo en una rumbita electrónica organizada por Gus y el enano. Esa noche me invitó a tragarme un micropunto y a amanecer en la playa. Yo lo reboté. Ya estaba tragadísima de MDMA. Pero lo reboté porque era virgen y la posibilidad de una revolcada con él me asustaba. Aunque no lo hubiera

confesado nunca. Simplemente me excusé diciendo que papá era muy estricto y que quería que regresara a casa temprano.

Lo encontraron en la misma casa abandonada en la que habíamos montado aquella fiesta en la que todos terminamos hasta aspirando el gas del aire acondicionado. Por eso los de su círculo de amigos descartamos la posibilidad de un verdadero suicidio y pensamos que solo se le había pasado la mano. Geíto fue el que inventó lo del gas del aire acondicionado. Si aspirabas de la manguera te explotaba cierta sensación de euforia. Era como el *popper* por lo instantáneo de la nota. Yo que lo probé esa noche solo puedo decir que el mundo se tambaleó a mi alrededor.

Soy un desastre.

Ahora se me ocurre que he dejado pasar varias etapas de mi vida sin vivirlas realmente. Lo he visto todo desde lejos, como si estuviera contemplando la vida desde un faro a orillas del mar.

¿Pero qué es la virginidad? ¿Es tan solo un incendio de claveles rojos brotando de tu entrepierna?

Pienso en él cuando pienso en Puerto La Cruz, la pequeña ciudad en la que nací y a la que no he vuelto porque la revolución podría confundirme con una espía de la CIA.

Ciudad perla del Caribe. Ciudad salpicada de uvas de playa. Ciudad con dedos de buques petroleros. Ciudad de sal. Ciudad con estatuas de piratas. Ciudad de arena agreste. Ciudad de mi adolescencia: reuniones en la piedra de Macdonald's o en el cafetín del Skate Park.

Su boca sabía a jarabe para la tos. No me enamoré de él mientras estaba vivo y siempre me he sentido culpable por eso. Fui otra decepción más en su cortísima vida de adolescente suicida. Siempre me ha aterrado el sexo. Pienso que se debe a que tengo sobrepeso. Todos sospechaban que era lesbiana. Pero no era eso, no era exactamente eso. A las mujeres también las rebotaba. Soy una frígida de pacotilla.

Lo encontraron y el inicio de mi vida amorosa quedó marcada por la muerte, por violetas que ahora siembro en las macetas de mi jardín floridiano.

Habíamos usado las bolsas de plástico negras para jugar a culicross lanzándonos por el cerrito de Sunnyside, la urbanización en la que vivía Marianita. Era de noche y nos lanzamos arrastrándonos por la grama como por un tobogán natural.

Es horrible pensar que las recicló y las utilizó en la escena de su suicidio. Y pensar que esa noche nos habíamos divertido tanto.

Se llamaba Tony mi primer gran no amor. Se murió y la posibilidad de mi primer amor adolescente se murió con él. Vivía en las casitas Quiksilver. Lo conocí por Rubén. Siempre quise escribir sobre él. A menudo me siento volcada a escribir sobre lo que no viví. Sobre lo que pudo ser y no fue. Así se abren nuevas perspectivas de mundos olvidados, uso una escafandra de papel para poder respirar en esa atmósfera enrarecida. Tony tenía los ojos color miel y era estudiante de ingeniería. No lo conocí

profundamente, lo nuestro fue solo un par de besos asustados en la sala de la casa de Martillo. Con Radiohead al fondo y el ruido de los jardines de las residencias Paseo Colón.

A veces no entiendo porqué no tomé las oportunidades que me entregaba la vida, no entiendo porqué no tomé ese revolcón en la playa o la oportunidad de conocerlo más. Sólo recuerdo el pánico que me agobiaba de tan solo pensar en sacarme la ropa delante de un hombre. Terminé haciéndolo con Tito porque me parecía feo y con él mi fealdad se sentía condonada. Y era como si no me importaran mis complejos, porque probablemente él estaba más acomplejado que yo. Era lo que pensaba en un principio aunque luego entendí que me equivocaba. Descubrí rápidamente que Tito era un surfista de puta madre y se creía un papi.

Mi iniciación sexual se materializó con hombres que casi no conocía y a los que no volvería a ver nunca, o con tipos muy feos que me acompañaron en mi fealdad. En el fondo soy una excéntrica. No apuntaba a lo mejor que podía conseguir sino a lo peor. Cumplí 35 años el mes pasado. Fracasé en todo lo importante y ahora me balanceo como un velero atrapado en una tormenta salada.

Desde hace cinco años vivo en Saint Petersburg. Saint Petersburg se llama así, probablemente, por San Petersburgo en Rusia. Mi terapeuta me dice que no hay una fuerte inmigración rusa en la zona como a uno se le ocurriría pensar. Solo se llama así sin ninguna gran historia, sin un pin étnico. Los cubanos y los griegos hacen de las suyas en los alrededores. Hay docenas de lugares de comidas tropicales. Pero no hay ningún ghetto ruso, que es lo que imagina uno. Un ghetto del tamaño del centro de la ciudad, con matronas vestidas como matryoshkas y restaurantes para saborear un buen borscht.

Saint Petersburg en Florida, no es más que un pueblo melancólico de los grandes centros del poder global, un pueblo de arena gris cerca de la modesta bahía de Tampa. Llevo una vida sencilla, llena de naturaleza. Camino por el sendero de las antiguas vías del tren todos los días. Vivo en un santuario de pájaros. Se ven garzas, águilas calvas, cardenales y muchas otras clases de pájaros innombrables. Abandoné Venezuela porque estuve a punto de morir cuando me caí por las escaleras de una discoteca gay. Me volé varios dientes, me fracturé la nariz y quedé como la party girl más salvaje del lugar. Estuve en reposo médico por un mes, mientras estaba internada en el hospital urdí el plan para escapar de mi vida en Caracas. Me recuerdo en la entrada de la discoteca, con mi blusa llena de sangre, y fumando un cigarillo para calmarme mientras decidíamos a cual hospital iríamos. Temblaba como una hoja estremecida por un aguacero.

Mi generación solo sabe autodestruirse. Me mudé porque quería mantenerme lejos de las fiestas electrónicas. Ahora vivo en un pueblo en el quinto infierno y no conozco a casi nadie. Me siento cómoda encapsulada en esta soledad marina. Y con la venida del Covid-19 nos

hemos encerrado en el granero.

Cuando sembré las violetas sentí que era como si me hubiera traído su cuerpo para enterrarlo en mi jardín y las violetas ya no brotaban de sus labios sino de los míos. Salpicados de lluvia fresca y paseos marinos. La memoria de lo que no vivimos echa raíces en nosotros también.

Mi generación solo sabe autodestruirse. En la época en la que conocí a Tony una caja de cigarrillos era la entrada al nirvana para mí. El amanecer temblaba en mi chemise del liceo color beige. Mis dedos pintados de nicotina delimitaban una ciudad canicular y feroz. Varios complejos residenciales se desplegaban en mis dedos meñiques. Aguamalas nadaban feroces entre los dedos anular e índice. Mi pulgar era una salina rodeada de arena. El paisaje estaba en mis manos. Era una gorgona con cabellos de serpientes. Era el sueño mojado de Tony.

Era una niña dibujando con humo las entradas a playa Culito. La playa en la que deseó montarme como a un potro salvaje.

Playa Culito no era poética. Playa Culito era una tanga y una cerveza o un paseo prohibido para las quinceañeras.

Playa Culito no fue mi destino por obcecada,  
Por no desear lo prohibido.

Llevábamos la ciudad dibujada en las manos, para una niña gorda era un martirio.

Por más que te vistas de pin-up siempre serás la niña gorda que fumaba en las mesas de la panadería. Por más que comas flores siempre terminarás lapidada por tus convicciones. Eres una lata de pirulines. Eres una hamaca colgada en un balcón de nubes o una pintura renacentista.

Yo medí la estatua del pirata del Paseo Colón y me senté en sus piernas para la fotografía.

Mi primera apreciación del placer me sobrevino cuando me metí varios pases de perico en el baño del colegio con mi amiga Marianita. No era lesbiana pero ver a Marianita sangrando por la nariz, frente al espejo, me prendió demasiado. No hubiese querido tocarla, solo quería disfrutar el regocijo de los pases que nos acabábamos de meter. Creo que no entiendo el placer del sexo porque conocí primero el placer de las drogas. Y así las drogas se convirtieron en mi verdadera fuente de goce.

Las violetas de mi jardín son un homenaje a todos mis amigos muertos. Fueron como gorgonas electrocutadas por el placer, con las serpientes enrolladas alrededor del cuello. Yo pude haber muerto esa noche de la discoteca gay, cuando me caí por las escaleras. Yo fumaba con la boca hecha pedazos y Martillo me miraba como si me hubiese vuelto totalmente loca. Mis violetas relumbran en las macetas y besan el aire todas las mañanas.

Yo era una niña gorda. El uniforme del colegio me quedaba apretado y nadie me quería excepto por la niña árabe sobre la que todos hacían chistes xenófobos. La primaria fue una especie de infierno, un lugar ardiendo en mi columna vertebral, un lugar que me hacía bajar la cabeza

hasta que mis ojos se fundían con las pintas del granito. Yo era como un pececito dorado nadando en la pecera de los tiburones por error. Nada más cruel que un niño de la primaria. Y ellos exploraban todas sus facetas con sus mandíbulas, dispuestos a desgarrarme la piel y arrancarme las extremidades. Rondaban mi pupitre con sus mandíbulas hincadas en el aire irrespirable del salón. Me arrancaron un brazo y se me hacía complicado escribir, me arrancaron una pierna también y se me hacía difícil correr en el patio. Mis pérdidas imaginarias eran las señales de un duelo profundo. Me sentía mutilada en todas mis aspiraciones.

Una mañana del tercer grado, Espitia, uno de los chicos más rebeldes de la clase, recibió una declaración de amor firmada por mí. Todos los niños se empezaron a burlar, todos me miraban y se reían y yo solo quería que me tragara la tierra, esa tierra salada de Puerto La Cruz, esa tierra amarilla y poco fértil que sólo albergaba palmeras y mangles. Quería convertirme en un cactus para pinchar a todos los niños y desinflar sus egos, pero eso solo ocurría en los dibujos animados. Mis ojos veían un caleidoscopio de imágenes sobrepuestas: sus caras depredadoras, sus risitas de hienas salvajes, sus palabras hirientes. Un caleidoscopio que giraba y giraba hasta hacerme sentir profundamente mareada. Hice entonces lo que me dictaba el gran bochorno que sentía, intenté desmentirlo todo, asegurándole al salón en pleno que yo no había sido la redactora de la carta. No tenía mi letra ni siquiera y le mostraba mi cuaderno a quienes quisieran ver mi letra real. Espitia no podía ni verme a la cara, dobló la carta y la guardó en su libro de matemáticas. Sin embargo, tenía el pecho inflado y se pavoneaba por el salón con la certeza de ser un rompecorazones. Luego de varias horas, las más ultrajantes de mi corta vida, y durante las cuales evalué seriamente la posibilidad de no graduarme nunca de la primaria, Stephani Corrales confesó haber escrito la carta. Su risa me pareció diabólica. Todos rieron con Stephani y yo me eché a llorar como una idiota. Stephani Corrales era mi némesis.

Stephani Corrales no era gorda. Stephani Corrales tenía dientes de perlas. Stephani Corrales usaba camomila para aclararse el pelo. Stephani Corrales era la mejor estudiante del salón. Espitia estaba enamorado de Stephani Corrales. Y no sólo Espitia, Nardella, Cróquer y Jiménez también estaban enamorados de Stephani Corrales. Mientras que yo era la niña gorda, una verdadera perdedora. Este episodio es uno de los más enfermos de mi infancia. Fue mi primera confrontación con el amor. Ese día sentí que el amor no podía ser para mí, el amor a mis nueve años era algo impropio y, sobre todo, muy humillante. Ese día pensé que no quería enamorarme nunca.

Mi concepción acerca del amor cambió poco con el paso de los años. Mi corazón se fosilizó y quedó enterrado bajo mi pecho sin uso. Cuando conocí a Tony aún estaba martirizada por aquella bizarra experiencia. Aunque lo cierto era que me había estirado y ya no me veía tan retaca. Por un tiempo durante mi adolescencia bajé significativamente de peso

aunque nunca llegué a la verdadera delgadez. Me mataba haciendo dietas. Me pasé a vegetariana. Hice todo lo posible por dejar a esa triste niña gorda atrás pero no lo logré definitivamente. Soy una gorda patológica.

En sexto grado hice buenas migas con Marianita, que acababa de entrar al colegio. Marianita era una niña preciosa, casi adolescente. Era rubia y usaba sostenes. Yo era planísima y usaba franelillas. Pero había encontrado finalmente una amiga. Y podía presumir de su compañía como Stephani Corrales presumía de Berenice Scalpi, la bebe. Yo no podía creerlo, Marianita era aún mejor que Berenice Scalpi, la bebe. Marianita era una chica popular aunque era la peor estudiante del curso. Era la musa de los chamos del Skate Park. Y por ella entendí que no tenía sentido matarme compitiendo infructuosamente con Stephani Corrales. Existía un ancho mundo por explorar. Era como si hubiese alcanzado una revelación, en realidad fue como si habiendo vivido expuesta al sol nunca hubiera sentido la luz del sol. A veces podemos llegar a cierto punto de satisfacción personal aunque seamos un verdadero desastre. Marianita no respetaba a Stephani Corrales. Marianita me decía que Stephani Corrales se parecía al conejo de Alicia en el país de las maravillas, con una especie de tic nervioso que la hacía mirar el reloj todo el tiempo. Siempre parecía nerviosa aunque lo hacía todo con un aplomo pocas veces visto en una niña de su edad. Marianita me volteó mi concepción del mundo. Marianita era todo lo contrario a mí. Stephani Corrales le importaba un pepino. Stephani Corrales empezó a importarme un melón también, qué digo un melón, más bien un coliflor.

Adopté la moda del Skate Park, empecé a usar pantalones de patinetero porque tenían las botas anchas y pensaba que me hacían ver más equilibrada y menos panzona. Usaba franelas de las marcas populares entre los surfistas y cambié mi imagen radicalmente. Dejé de ser la niña de las horribles cocuizas y sombreros de paja con flores que me compraba mamá y me convertí en una chica alternativa. Tenía 12 años. Mis notas se fueron en picada y la antigua niña gorda sólo vivía interesada en la música y la literatura. Marianita tenía un buen corazón y me adoptó como se adopta a un perrito callejero. Creo que en el fondo me tenía lástima porque yo era aún la niña gorda, aún debajo de todos esos cambios. Pero Stephani corrales ahora me importaba un brócoli. O sea nada.

Marianita fue mi ídolo por un tiempo. Yo la adoraba, aunque no intentaba imitarla realmente. Éramos muy diferentes. Ella era muy enamoradiza, cambiaba de novio como yo me cambiaba de pantalones. Llegué a pensar que el amor solo era para las chamas como Marianita. Yo me conformaba con rebotar a todo el mundo.

Mi popularidad aumentó por andar con Marianita. Empecé a ser popular cuando ya no me importaba ser popular y solo quería disfrutar la vida. Cuando teníamos 14, Marianita se molestó conmigo porque fumé marihuana con Rubén y le pedí para llevarme a casa. Me vendió un

porro gigante que me fumé la noche siguiente. Puse un disco de Marilyn Manson y me quedé acostada en mi cama alucinando que una multitud pasaba por enfrente de mi casa sosteniendo antorchas de fuego. Me comí una bolsa entera de chocolates y llamé por teléfono a Marianita que me colgó porque yo estaba fuchadísima.

Fue nuestra primera pelea. Nos reconciamos pronto. A Marianita la venció la curiosidad y quiso probar también. Fumamos juntas caminando alrededor del colegio. Marianita dijo que había alcanzado el nirvana. Yo la había hecho leer el Bhagavad Gita unos meses antes, un libro que conseguí en la biblioteca de papá. Marianita me agradeció por la experiencia y por eso me encantó compartirla con otros panas del colegio. Marianita expresó tanta gratitud que quedé colgada en la iniciación. Me encantaba iniciar a la gente en fumar marihuana. Fue una de mis cosas favoritas mientras asistía al liceo y, luego, a la universidad. Me encantaba ser una chamana citadina y occidentalizada.

Me enamoré por primera vez de un muerto, de Tony. Yo tenía 16 años. Fue cuando pude idealizarlo y saberme a salvo de su mirada. Tony no me sacaría la ropa nunca. Tony, mi primer gran no amor, recibió mi visita puntual en el cementerio para el aniversario de nuestro primer beso. Lo visitaba religiosamente y así fue como empecé a asociarlo con las violetas que estaban sembradas cerca de su tumba.

Lo elegí para tener una historia amorosa controlable. Con Tony muerto nada podía salirse de las manos. Me convertí oficialmente en la novia del chamo muerto. Las violetas crecían en mi cerebro hasta derramarse como un riachuelo a través de mi garganta. Me vestía siempre de negro y parecía sacada de una canción de death metal. Vomitaba flores y me convertí en una *wannabe*.

Quería ser la novia viva de un muerto. Le decía a todo el mundo que mi novio se suicidó y que yo todavía estaba enamorada. Era ilusorio mi discurso. Nunca habíamos sido novios realmente. Me encantaba sentarme frente a su tumba y escuchar música electrónica en mi discman, suprimiendo los ruidos del cementerio. Cuando Rubén y Martillo se enteraron de mis visitas quisieron acompañarme. Nos tragamos unos micropuntos para honrar su memoria y nos sentamos en la grama mientras alucinábamos colectivamente que una mujer daba a luz el mundo entero. El cementerio era un verdadero viaje, era mucho mejor que colarse de noche al campo de golf, me felicitó Martillo.

Empecé a relacionar el amor con el sentimiento de pérdida de Tony. Me sentía cómoda nadando en esas aguas. Me gustaba ser la novia de un fantasma. Me gustaba también el tono gótico de mi discurso. Me gustaba conservar el luto como una tierna plegaria a orillas de mi adolescencia.

Un año después llegó Tito. Me parecía feo y por eso no tenía miedo de que me sacara la ropa. Le permití que me llevara a su habitación de inmediato. Me desangré como una cerda en sus sábanas cuando me penetró. No le di gran importancia. Me fui de su casa sin saber si



volvería a verlo. No nos pedimos los teléfonos. Recuerdo que ese fin de semana fui a visitar a Tony y le dije, güevon, nos hubiésemos divertido increíblemente esa noche en playa culito. Hubiese preferido hacerlo contigo. Y me pasó por la mente otra idea ilusoria. Si lo hubiésemos hecho quizás tú no te habrías suicidado de esa manera tan estúpida, porque mira que fue estúpido llenar una bolsa negra de gas de aire acondicionado y meter la cabeza en ella.

Mi primer gran no amor o las violetas que crecen en mi respiración.

La noche en que conocí a Tony tomé MDMA. Estábamos en una fiesta que había organizado Rubén en Los altos de santa fe. El cielo se abría en colores cósmicos y las nubes parecían trozos de algodón. Yo llevaba puesto un short de surfista naranja y brincaba de un lado a otro del caney que nos servía de pista de baile. Decidí tomar delfines amarillos en vez de azules. Un caballo de fuego volaba alrededor de la montaña, un caballo con gotas de agosto en sus crines salvajes y músculos brillantes que cegaban. Marianita ya se había cambiado de colegio. En realidad la habían expulsado por raspar varias materias y fallar en el examen de reparación. Yo sólo quería bailar hasta entregar toda mi energía a la luna. Rubén me lo presentó como uno de los chamos que mezclaban música para la fiesta. Esa noche bailé como posesa y Tony me prestó un hulla hoops fluorescente al que yo hacía girar y girar en la noche oscura de Los altos. Esa noche entendí la potencia del paisaje. El mar reventaba sus olas contra la costa y era sublime. El aroma de la montaña me seducía hasta dejarme sin aliento. El bosque bailaba para la luna también. Mi hulla hoops flotaba en el aire comiéndose el paisaje. Esa noche Tony me dijo que yo le encantaba porque era todo terreno, lo dijo así como si yo fuera una camioneta o una tienda de campaña. No estaba acostumbrada a los halagos y me puse colorada.

Sobrevivir o ser aplastado por el destino. Yo escogí siempre sobrevivir mientras que Tony, mi primer gran no amor escogió ser aplastado. Crecí en la cultura de las drogas psicodélicas, en la que algunos morían y otros vivían intensamente. Era lo que hacíamos para divertirnos pero también para alcanzar una mente abierta, tolerante y liberal. Nos sabíamos iluminados por las tormentas bioquímicas que se producían en nosotros. Tony, mi primer gran no amor. fue de los que no se medía. Y en ese mundo había que medirse. Por eso yo, luego de caerme por las escaleras de la discoteca gay, bosquejé mi fuga. Deseaba una larga vida. Deseaba llegar a la vejez, hasta verme arrugadísima, con unos tiernos bolsillos de piel bajo los ojos. Ya me había convertido en un adulto responsable, ya pagaba mis propias facturas pero me faltaba algo que no podía describir. Me faltaba tomar el control del timón en medio de la tempestad. Me faltaba perderme en el océano de la vida y volver regurgitada por el aliento de Dios, esta fuerza loca que mueve el universo. Quería una vida llena de significado, que fuera más allá del horario de oficina, porque el accidente ocurrió cuando tenía 25 y ya tenía

un seguro médico pagado por mi propio esfuerzo.

Tony, mi primer gran no amor, me llevó varias veces a mi casa, de madrugada, cuando estábamos ya cansados y yo rehuía a la posibilidad de un beso. Recuerdo las palpitaciones, el sudor, el hormigueo en el estómago ¿Era eso a lo que algunos llaman mariposas? En ese momento pensaba que me moría del bochorno. No sabía lo que quería de él.

Querer morir de tanto placer es un *bluff*, un engaño.

Me vine a Estados Unidos escapando de mí. ¿Pero qué soy yo? ¿Soy el exceso de una noche de drogas y alcohol? Yo diría que no. Yo quería crecer y ver el mundo, y sobre todo quería empezar de cero en un lugar desde el que me resultara imposible contactar a alguno de mis *dealers*. Quería distancia y dar por cerrada mi etapa fiesterera. El que ahora es mi esposo fue a visitarme en el hospital, ya estábamos saliendo. Habíamos vivido una noche de oscura pasión durante el verano anterior y venía a visitar por la navidad. Recuerdo que tomé su mano con fuerza y quise que me llevara con él muy lejos. Quería un sueño bucólico en Carolina del norte con él. Quería la paz del campo y de las vacas. Quería casarme y ser feliz por siempre.

Su solidaridad y su bondad me impresionaron. Yo estaba recién operada y me llevó a su hotel y me llenó de cuidados. Yo había perdido varios dientes y sentía una vergüenza terrible. Él me animó todo el tiempo y me llevó a los chequeos con paciencia y dedicación. Fue mi enfermero personal esa navidad. Y entonces me di cuenta de que lo adoraba. Pensé que había llegado el momento de sentar cabeza.

Me sentía hastiada después de esa noche en la discoteca gay. Había tragado LSD y me caí porque el suelo estaba mojado. Fue un accidente. Pero ya no quería tentar más al destino. Tenía que aplacar mis ímpetus fiesteros. En Saint Petersburg vivo retirada del mundanal ruido. Nuestra generación solo sabe autodestruirse. Porque la soledad y la abstinencia me destruyen de otra manera. Digerir la vida desde la distancia también es una pérdida.

Siempre me pareció extraño que Marianita, después de su resistencia inicial a la marihuana, fuera la primera en arrebatarme al dealer de las manos la bolsita de perico. Íbamos caminando y fumando un porro por las cuadras aledañas al colegio y un tipo nos empezó a pisar los talones. Mami, buen provecho, nos gritó el muy confianzudo. Mami, ven acá, que te tengo todos los juguetes. Marianita fue la primera en voltear y dirigirle la palabra. Hola, le dijo. ¿Quieres fumar? Yo me empecé a reír como una histérica, por los nervios. Tengo perico y crack, dijo el tipo. Tengo todo lo que necesitan, dijo con seguridad. ¿A cuánto el perico? Preguntó Marianita, a 5 luquitas la bolsa, contestó nuestro inesperado *dealer*. Dame dos, dijo Marianita, yo te invito hoy. Sentí la bolsa en mis manos de inmediato. Estaba amarrada. Nos robamos unos pitillos de la cafetería y los cortamos con una tijera. Nos metimos al baño. Eran como las 7:15 de la mañana. Lo recuerdo porque íbamos retrasadas. Nos

metimos en los cubículos del baño y esnifamos en silencio. Cuando nos arreglábamos en el espejo, nerviosas pero sintiendo el poder de la nota, nos dimos cuenta de que de la nariz de Marianita salía un hilillo de sangre. Yo la veía sangrando en el espejo y sentía la adrenalina corriendo por mis venas y esa tibia sensación de que vivíamos la vida a todo galope. Esta vez era yo la que le agradecía a Marianita por el descubrimiento. Yo nunca sangré y me sentía fuerte por eso. El perico es medicinal, entré a clases de Francés y tomé notas durante toda la hora. Yo nunca escribía tanto. Me daba cuenta que me sentía más centrada y a la vez más estimulada. El perico es milagroso y algunos países ya empiezan a descriminalizarlo.

El verdadero amor no llegó a mí sino hasta cuando cumplí los 18 y ya estudiaba en la universidad. A esa edad me sentí preparada lo suficiente como para sacarme la ropa enfrente de un chamo que realmente me gustara. Escogí mal. Escogí a un chamo que me montaba los cuernos todo el tiempo. Al principio no lo notaba tanto, no lo notaba realmente. Yo caminaba todas las mañanas por el Paseo de los Próceres hasta llegar a su casa en Santa Mónica. A veces fumábamos pero siempre cogíamos como conejitos. Todas las mañanas a las 9 en punto. Sólo recuerdo un orgasmo, fue al principio de la relación. Nos mirábamos a los ojos fijamente hasta que sentí que me venía. Todos los otros orgasmos fueron fingidos. Pero ese del que hablo fue el único real. Fue inesperado también, estaba acostumbrada a no sentir nada. Lo preservó como una violeta arraigada en mi cerebro, una violeta bañada por el rocío del tiempo. Mi novio universitario y yo nos separamos pronto. Pero puedo decir que lo amé locamente y que estaba vivo, tan vivo como las violetas que he sembrado en mi jardín floridiano.

Mi novio universitario quería ser politólogo y esnifaba perico los fines de semana. Era el cantante de una banda de rock. No estaba metido en el mundo de la música psicodélica como Tony. Mi novio universitario no era tan interesante como Tony. Pero supongo que cuando Tony llegó a mi vida yo era muy joven y no estaba preparada psicológicamente para entregarme a él. Era mi forma de mantener el control. Hay algo monstruoso en la sexualidad cuando empiezas a despertar en ella, porque es así, es como despertar aprisionada en un recuadro del cual no puedes escapar. Tú eres la respuesta correcta en ese recuadro pero no lo sabes. Tú, con tu vagina entalcada y tus senos puntiagudos, eres la respuesta correcta. La resistencia es cosa de mojígatas y yo lo era aunque leía a Nietzsche y Kafka al borde de los 15 y quería convertirme en una librepensadora. No está mal darse un tiempo para digerir la realidad, pienso, por otro lado.

Tony, mi primer gran no amor. Juntos somos ángeles con violetas que crecen en las puntas de nuestros dedos y se proyectan en el cielo como fractales. Lo cierto es que Tony siempre tendrá 19 años porque esa fue la edad en la que murió. Tony, siempre será mi novio adolescente, congelado en el tiempo. Mi novio cabeza de LSD. Mi novio nunca novio.

Y yo tendré siempre 16 en mi imaginación cuando recuerde ese primer beso que me dio mientras veíamos en la tele un concierto de Radiohead.